

## MARGARITA

---

Éste es uno de esos episodios nunca deseados. Ni para mi mismo ni para otros, menos si se es un pergenio que recién se empina, y con dificultad, para otear curioso sobre los bordes del lejano horizonte que marca a los adultos. Quizás por eso el despropósito se mantuvo acurrucado, casi extinguido en mi memoria, como el resto mal apagado de un incendio inexplicable y feo, soportando por años el tufillo mohoso que subyace tras toda experiencia mal masticada y tragada a la fuerza.

Margarita tenía mi misma edad, siete u ocho años. Jugábamos a menudo en el patio de su casa o la mía, y a pesar de que nuestras madres no se soportaban. Cosas de adultos, creíamos nosotros, y saltábamos indiferentes sobre los prejuicios y resquemores que ambas se disparaban mediante silencios, miradas y gestos ad óculos. A pesar de aquellas viperinas y solapadas escaramuzas, las mujeres parecían aceptar aquel quehacer juguetón y no intervenían en nuestro mundo, de hecho nunca hicieron nada concreto o visible por impedir nuestros afanosos ejercicios imitando familia, inventando visitas de supuestos amigos o en la puntillosa puesta en escena de ficticias tareas propias de profesiones adultas que imaginábamos como ideales.

En aquellos tiernos intentos de ser adultos copiando sus maneras y modos, Margarita llevaba las riendas. Ella era quien determinaba los roles durante el juego y dictaba segura las tareas de ambos, que no eran más los que participaban de nuestro privadísimo asunto como voluntariosa pareja matrimonial. Desde antes de comenzar con la gozosa comedia Margarita ordenaba la estructura familiar, las profesiones de ambos y el lugar donde dormiría la hija, una muñeca

mustia de trapo sucio a la que llamaba Teresita y acostaba de inmediato en alguno de los rincones de nuestro hogar instalado en una caseta de madera que al parecer en su momento estuvo destinada a guardar aperos agrícolas, es decir, antes de que el terreno se incorporara al Santiago ameóbico que avanzaba imparable cubriendo de casas los sectores rurales aledaños.

A veces yo era el doctor y ella la paciente. Primero me hacía auscultar a Teresita para después conminarme a hacer lo mismo con ella. Se desnudaba ligera y segura, me llevaba las manos a los lugares en que se suponían los dolores, donde de corriente el popó era el más afectado, y me mostraba por dónde había llegado al mundo nuestra hija. Yo recordaba entonces la hendidura de Isabel, ésa donde según ella yo debería haber aliviado mi vejiga, y juro que no entendía nada, nadita de nada: simplemente no me cuadraba eso de que desde ese triángulo escindido pudiese salir un ser humano chiquitito. Como si fuera poco, la imagen además me derribaba la cigüeña volando desde París hasta nuestros lares criollos, eliminando de un golpe la importancia, por la belleza que contiene la ilusión, y por la importancia que aquel glamoroso viaje intercontinental podía tener para el terroso linaje de los recién nacidos de mi barrio.

Yo me adaptaba y hacía caso, obediente y curioso por conocer todo lo que Margarita parecía saber con más profundidad y mejor detalle. Las cosas marchaban idílicamente, éramos una familia feliz (no necesitábamos dinero para ninguno de nuestros menesteres y propósitos), hasta que un día, uno en que ella había decidido estatuirme como militar que volvía del trabajo (tiempo maravilloso en el que yo pensaba que esa gente trabajaba), comía y me iba a la cama con la esposa que diligente se desnudaba para endilgarme meticulosa por los caminos de la procreación.

Sentí que otra vez en Margarita se aparecía Isabel, y con eso concluí que ambas eran amigas o cómplices que compartían conocimientos respecto de cómo realmente se hacen las cosas, esas otras cosas, las que los hombres a esa edad

intuimos lejanas y que francamente desconocemos, pero no pudiendo calzar como real tal amistad entre ambas hembras y dada tanta coincidencia, concluí que las mujeres nacían sabiendo más que los varones. No sé si fue desánimo o alivio lo que me atacó después de aquella reveladora constatación, sólo recuerdo que en el momento en que Margarita me regañaba por no cumplir al pie de la letra con sus esmeradas instrucciones, la voz de su rabiosa madre tronó tremenda a un par de metros de la casucha. Supongo que nos quedamos lívidos, y si no, por lo menos mudos, a la vez que estáticos. La mujer rugió por segunda vez exigiendo que mi esposa saliera inmediatamente de esa pocilga, que si no te saco yo misma, chiquilla de mierda, que ya vas a ver que conmigo no se juega, mocosa indecente, y muchas otras filigranas que eructaban de su boca cavernosa.

Pensé que un militar no podía permitirse ser tan cobarde, cosa que sí se me confirmó como real ese día y también mucho más tarde. Me quedé calladito, usando y abusando de que el interpelado no era yo, a la espera de una reacción de mi otra mitad, la que a pesar del miedo que la dominaba se atrevió a salir del cuchitril abrochándose la blusa y arreglándose su largo pelo negro de motas espirales. Escuché como la madre le gritó chiquilla de mierda con renovados ímpetus, como Margarita rogaba piedad, sabiendo que entendimiento o clemencia era lo último que podía esperarse de aquella virgen del demonio. Atravé mis ojos a mirar por una rendija para enterarme, tiritando de impotencia y vergüenza, de cómo mi pasividad traicionaba a mi compañera de juegos, y con qué sadismo el energúmeno arrastraba del pelo a una Margarita que ocupada en defender su rostro ante los golpes apenas lograba mantenerse en pie. Fue una escena inasible la que se alargó por casi cincuenta metros, justo los tendidos hasta su casa. Para mí fueron miles, millones de segundos eternos vividos mientras aterido de miedo observaba la obscenidad ignorante de esa madre incomprensible. Cuando las dos desaparecieron en la casa, yo me quedé atenazado entre el estupor y la pena.

Nunca más volvimos a hablarnos, menos a encontrarnos para compartir aprendizajes de infancia, ni siquiera en la calle, cuando con otros niños saltábamos veredas y cuadriculados dibujados con tiza para ver quién era el más hábil al brincar el luche. Incluso allí Margarita me evitaba.

Nunca más atreví a hablarle o sugerirle que nos juntáramos a jugar. Sabía de su miedo y de su vergüenza, aunque no menor, distinta de la mía. Lo que no comprendía, y esto actuaba como si me faltara una pieza en el puzzle de la vida, era el porqué de aquel ataque contra mi amiguita, y aunque sospechaba algo gris y bien torcido en la cabeza de su madre (un dejo similar al observado en los otros adultos del entorno habitacional), el acto me confirmaba su vulgaridad patente, vieja rota, según la definición de mi madre. A propósito de mi madre: ella se enteró del suceso mediante las quejas oficiales que la mujer expuso a mi vieja un día en que de sopetón se encontraron mientras hacía compras en el almacén de don Lucho.

Kultext

Mi progenitora no me comentó nunca nada, y si llegué a saber lo de las denuncias de la despiadada, es porque escuché una conversación entre mis viejos un día domingo por la mañana. Mi padre escuchó sin hacer comentarios para finalmente estimar innecesario el intervenir. Está bien que se haga hombre, fue todo su lapidario y ufano comentario final. El hecho de que ambos lo supieran y me indultaran de un supuesto delito atentatorio a las normas de costumbre, me trajo un poco de alivio y menos vergüenza, descanso breve que no evitó que desde ese día infausto Margarita me quedara agazapada en el subconsciente, transformada en sinónimo de mala conciencia y pudor lioso. Será quizás por eso que por el resto de mi vida jamás quise ser marido... ni menos militar.